

La mujer, en el capitalismo, reproduce al trabajador asalariado; pero no es ella misma asalariada. Ella es, en cambio, una “fuerza natural del trabajo social”. El trabajador asalariado “libre” corresponde así a la trabajadora doméstica no asalariada “libre”, una profunda diferencia formal que se refleja en las igualmente profundas desigualdades de sus relaciones mutuas en el capitalismo, y en su estatus desigual dentro del sistema capitalista, que surge en el punto en que el *capital transforma la relación hombre/mujer de un intercambio de trabajo vivo a una relación formal de producción entre ambos*<sup>32</sup>.

Es aquí donde damos con el corazón de la demanda de salarios para el trabajo doméstico. Como ya hemos señalado, y como las feministas han dejado claro una y otra vez, el objetivo de la demanda de Salario para el Trabajo Doméstico era desnaturalizar esta forma de fuerza de trabajo, dismantelar su justificación biológica para que quienes realizan este trabajo puedan ser entendidos como proletarios en el sentido más amplio del término: no solo como trabajadores asalariados, sino como sujetos proletarios socializados con el poder de luchar como un sector de la clase explotada. Esta lucha comienza de un punto definido de la explotación capitalista y el trabajo *para el capital*: la reproducción (no-directamente asalariada).

La pregunta sigue en pie, ¿por qué tiene un carácter de género este trabajo reproductivo del sistema capitalista o, en otras palabras, por qué es esta la lucha de clases feminista y *también la lucha comunista*? Fortunati realiza el excelente trabajo de delinear esta problemática. No solo se ha naturalizado, *sino que debe mantenerse naturalizada*. Marx descubrió el *fetichismo del salario*. Pero en relación a la explotación basada en el género, parece el mismo ser presa de este fetichismo; Marx no reconoce, como lo hace Fortunati, que *no solo todo el trabajo es “no pagado” y, sin embargo, parece que como si se pagara por el trabajo que se realiza*, sino que este fetichismo inherente a la relación salarial y nuestro propio entendimiento de la justicia requieren que toda la vida fuera del trabajo *parezca absolutamente “libre” de trabajo para el capital*. Sin embargo, para quienes cargan con el deber de la reproducción en esta

esclavos son parte de estos. La reproducción o mantenimiento de los esclavos es responsabilidad directa de sus dueños. Entonces, para los hombres y mujeres esclavos la distinción entre público y privado se disuelve, puesto que los esclavos existen enteramente dentro del ámbito privado. Tampoco cabe para los esclavos ninguna pregunta sobre la herencia de propiedad o las relaciones con el Estado tales como el cobro de impuestos. Curiosamente, hay evidencia que indica que el patriarcado fue, quizás por esta misma razón, más bien débil entre las familias de esclavos del sur de Estados Unidos<sup>10</sup>. En el sistema feudal, por el contrario, los productores de excedente tienen acceso directo a los medios de producción. El excedente es extraído por medio de la fuerza. El hombre campesino se posiciona en relación a esta fuerza externa como el representante público de la casa campesina. La propiedad pasa a través de *su* línea. Las mujeres y niños campesinos están confinados al ámbito privado de la villa que es en sí mismo un sitio de producción y reproducción. La familia campesina no necesita dejar su esfera privada para producir lo que necesita, sino que solo debe entregar una parte de su producto a los señores. Por esta razón, las familias campesinas se mantienen relativamente independientes de los mercados.

En el capitalismo, la vida de los productores de excedente está *constitutivamente dividida* entre la producción pública de excedente y la reproducción privada de los mismos productores. Los trabajadores, a diferencia de los esclavos, son su ‘propia propiedad’: existen solo si se hacen cargo de su propio mantenimiento. Si los salarios son muy bajos, o si sus servicios ya no son requeridos, los trabajadores son ‘libres’ de sobrevivir por otros medios (siempre que sean legales). La reproducción de los trabajadores no es, por tanto, responsabilidad del capitalista. Sin embargo, a diferencia de los vasallos, los trabajadores pueden hacerse cargo de su mantenimiento solo si vuelven al mercado de trabajo, una y otra vez, para encontrar trabajo. He aquí la esencia de la relación capital-trabajo. Aquello que los trabajadores ganan por la producción ejecutada socialmente en el ámbito público, es lo que tienen que gastar para reproducirse domésticamente en su propia esfera privada. Los

binarios de público/privado y social/doméstico están encarnados en la misma relación salarial. De hecho, estos binarios solo podrán colapsar con el fin del capitalismo.

Si los capitalistas fueran directamente responsables de la sobrevivencia de los trabajadores —y, por lo tanto, si su reproducción fuera removida de la esfera privada— *estos ya no estarían obligados a vender su fuerza de trabajo*. La existencia de una esfera de la reproducción doméstica separada (donde ocurre poca producción que no esté mediada por las mercancías compradas en el mercado) es constitutiva de las relaciones sociales capitalistas como tales. La actividad social se separa de la actividad doméstica a medida que el mercado se vuelve el mecanismo mediador del trabajo social concreto que se lleva a cabo fuera del hogar. La producción para el intercambio, que antes ocurría puertas adentro, deja cada vez más el hogar para ejecutarse en otro sitio. En este momento, la distinción entre público/privado adquiere una dimensión espacial. El hogar se vuelve la esfera de la actividad privada —es decir, el trabajo doméstico de las mujeres y el ‘tiempo libre’ de los hombres— mientras que la fábrica se encarga del carácter público y socialmente productivo del trabajo de los hombres.

Por supuesto, las mujeres siempre han sido trabajadoras asalariadas, junto con los hombres, desde que el capitalismo ha existido. Para TC, el carácter de género del trabajo doméstico de las mujeres determina que su trabajo, incluso cuando se lleva a cabo fuera del hogar, se mantenga como trabajo de mujeres. Es decir, se mantiene como trabajo asalariado de un tipo particular, a saber, como *trabajo improductivo*<sup>11</sup> o *de bajo valor agregado*. Las mujeres suelen emplearse en trabajos de media jornada y mal pagados, particularmente, en servicios (aunque hoy en día, por supuesto, hay al menos algunas mujeres en todos los sectores de la economía incluyendo entre los profesionales mejor pagados). Las mujeres usualmente realizan servicios domésticos en casas de otras personas o bien en oficinas y aviones. Cuando las mujeres trabajan en fábricas son segregadas en trabajos de mano de obra intensiva que

### EL TRABAJO DEL AMOR

Como ya he mencionado, dentro de este esquema encontramos una forma análoga de fuerza de trabajo que pertenece específicamente a las trabajadoras reproductivas, típicamente las mujeres. En el contexto del movimiento Salario para el Trabajo Doméstico, esta es totalmente relegada a las esposas, madres, abuelas e hijas, a todas las cuales se les asigna el género femenino y esta *forma* de fuerza de trabajo, en virtud de su necesidad estructuralmente impuesta dentro de la relación salarial. Incluso si hacemos que esta categoría sea “femenina” en lugar de “sexuada” en general, aún sería una categoría constitutiva dentro de la forma-salario. En resumen, alguien debe ejecutar este trabajo, sin importar su género, y *necesariamente debe hacerlo sin remuneración*. Por lo tanto, la demanda de salario es una demanda que golpea el corazón de la explotación capitalista. Esta es una pregunta separada de si produce valor: de hecho debe permanecer *no-valorada*: “una condición de existencia de la fuerza de trabajo como capacidad de producción, y por lo tanto del capital, es que la fuerza de trabajo puede tener valor de cambio solo en la medida en que el individuo la reproduce como no-valor”<sup>30</sup>.

Esta identificación del trabajo doméstico como la reproducción del “individuo como no-valor” a través de la creación de “valores de uso puros” tiene el efecto de representar la fuerza de trabajo reproductiva como “una fuerza natural del trabajo social”, donada por la madre naturaleza *gratis* al capital y a la clase trabajadora masculina. Como afirma Fortunati, la reproducción “se presenta como ‘producción natural’, lo que ha permitido que *dos trabajadores* se exploten con *un* salario, y que el coste total de la reproducción se descarga sobre la fuerza de trabajo”<sup>31</sup>. Sin embargo, esta explotación no se descarga por igual, pues debe inscribirse en la biología femenina, disfrazando su origen en el históricamente específico modo de reproducción capitalista.

Podríamos calificar esto, aunque Fortunati no lo hace explícitamente, M-D...R(producción)...M, y así sucesivamente a través de los días y años<sup>26</sup>. Este momento de “R” o reproducción, en tanto espejo de la producción, es el proceso a través del cual el “alimento” se convierte en “comida cocinada” y el “portador de la mercancía fuerza de trabajo” se convierte en “el valor de uso de la mercancía que ‘él’ lleva al mercado”<sup>27</sup>.

También es posible observar que en la cita anterior Fortunati nos asegura explícitamente que este momento reproductivo dentro del circuito no expande el capital, es decir, no es productivo. La decisión de insertar una M’ al final del circuito de reproducción M-D-M es quizás un excedente político en vez de económico. Aunque M-D-M, en tanto circuito de reproducción, no expande el valor, está, sin embargo, enteramente dentro de la relación salarial y, por lo tanto, es un momento socialmente necesario dentro de la reproducción capitalista. En el nivel de la actividad social total, tanto la reproducción directa *como la no-directa* sostienen la totalidad capitalista. Como concluye Fortunati:

Ahora si, en lugar del capitalista individual y el trabajador individual, examinamos la clase capitalista y la clase trabajadora, y si, en vez de atender solamente el proceso de producción de mercancías, consideramos todo el proceso de producción capitalista —en su flujo total, y en todo su marco social—, resulta que el consumo del trabajo doméstico y de la prostitución se plantea como una condición para el mantenimiento y la reproducción continua de la clase trabajadora<sup>28</sup>.

Por cada momento productivo hay un momento correspondiente en términos de reproducción. Estos, sin embargo, no son un mismo momento que ocurre en el mismo tiempo y lugar, sino que, más bien, es un aspecto de la reproducción que ocurre en esferas duales, separadas en el tiempo y el espacio *dentro del mismo modo de producción*. De hecho, es la dualidad de estas esferas —directa/no-directa o productiva/reproductiva— así como su interconexión lo que define este modo de producción como uno basado en el trabajo asalariado<sup>29</sup>.

requieren de trabajo manual delicado, particularmente, textiles, confección y ensamble de aparatos electrónicos. Asimismo, el trabajo que se hace en el hogar se mantiene como trabajo de mujeres, aun cuando los hombres lo realizan, lo cual, en gran medida, no hacen.

En este sentido, una vez que el género se materializa en la relación salarial como una relación binaria pública/privada, TC deja de basar su argumento en el rol que las mujeres juegan en la reproducción sexual. El hecho de que el trabajo de las mujeres sea de un carácter particular fuera del hogar es verdadero solo por analogía al carácter del trabajo que realizan en el hogar. No tiene ninguna relación con los fundamentos materiales del rol de las mujeres en la reproducción sexual y, en este sentido, es más o menos ideológico. De la misma manera, TC define cada vez más el trabajo que las mujeres hacen en el hogar por su carácter como el trabajo reproductivo diario realizado necesariamente fuera de la esfera de la producción —y no en relación al rol que las mujeres juegan en los nacimientos, como la “fuerza principal de producción”—. Si, dentro del modo de producción capitalista, las mujeres son y siempre han sido trabajadoras asalariadas y trabajadoras domésticas, ¿por qué siguen siendo casi solamente *mujeres*? A medida que TC comienza a discutir el capitalismo, deja de lado su enfoque en la reproducción sexual, el cual desaparece bajo una concepción *materialmente infundada* del trabajo doméstico (aunque, como veremos, más tarde vuelven sus referencias a la biología).

Esta inadvertencia es un error importante. En el modo de producción capitalista, la segregación sexual del trabajo está directamente relacionada con la temporalidad de la vida de una mujer: como engendradora de niños, es la fuente principal de nutrición en edades tempranas (amamantamiento) y su cuidadora principal durante la pubertad. A lo largo de la extensa historia del capitalismo, la participación de las mujeres en el mercado de trabajo ha descrito una ‘curva en M’ distintiva<sup>12</sup>. La participación se eleva rápidamente a medida que las mujeres entran en la adultez, luego cae cuando las mujeres alcanzan sus tardíos veinte y

tempranos treinta años. La participación vuelve a elevarse lentamente a medida que las mujeres entran en sus tardíos cuarenta años antes de caer a la edad de jubilación. Las razones de este patrón son bien conocidas. Las mujeres jóvenes buscan trabajo de tiempo completo, pero con la expectativa de que dejarán de trabajar o trabajarán media jornada cuando tengan hijos. Cuando las mujeres entran en edad reproductiva declina su participación en la fuerza de trabajo. Las mujeres que siguen trabajando mientras sus hijos son pequeños están entre las proletarias más pobres y sobreexplotadas: madres solteras, viudas y divorciadas o mujeres cuyos maridos tienen un salario bajo o inestable. A medida que los hijos crecen, más y más mujeres vuelven al mercado de trabajo (o se cambian a un trabajo de tiempo completo), pero con una desventaja clara en términos de habilidades y experiencia de trabajo, al menos en comparación con los hombres con quienes compiten por trabajos<sup>13</sup>.

Por todas estas razones, las economías capitalistas siempre han tenido un 'lugar' especial para las mujeres trabajadoras, ya sea como trabajadoras de las que no se espera que permanezcan en el trabajo por mucho tiempo o, de mayores, como entrantes tardías o reentrantes en la fuerza de trabajo. Más allá de eso, las mujeres forman un componente importante de lo que Marx denomina el ejército industrial de reserva 'latente', que se espera que entre y deje la fuerza de trabajo de acuerdo a las necesidades cíclicas de las empresas capitalistas. La existencia de un lugar distintivo para las mujeres en la fuerza de trabajo refuerza, entonces, el compromiso a escala social y la ideología acerca del lugar natural de las mujeres tanto en el hogar como en el trabajo. Incluso cuando los hombres y las mujeres trabajan, los hombres usualmente (al menos hasta hace poco) ganan salarios más altos y trabajan más horas fuera del hogar. Por lo tanto, sigue existiendo una gran presión sobre las mujeres, en la medida en que dependen materialmente de sus maridos, para que acepten su subordinación: para que no 'presionen demasiado'<sup>14</sup> en cuestiones de la división sexual del trabajo dentro del hogar. A lo largo de la historia, esta presión se vio agravada por el hecho de que las mujeres fueron excluidas, hasta después de la Segunda Guerra Mundial,

Esta crítica feminista ha localizado una aporía dentro del pensamiento marxista tradicional, una fetichización o, en otras palabras, una *transhistorización estructural*. Fortunati ha desfetichizado el proceso aparentemente natural en el que se supone que se reproduce la fuerza de trabajo, pero en realidad es la "morada oculta" metida dentro del circuito M-D-M. Al igual que Marx, que descubrió el origen de la ganancia como una forma *histórica* particular de explotación de clase, Fortunati descubre la forma *histórica* de la explotación basada en el género en el capitalismo. Y, sin embargo, esto no requiere que produzca valor. Todo lo contrario; de acuerdo con el propio esquema de Fortunati, la explotación basada en el género en el capitalismo debe permanecer externa a la acumulación, y ella la caracteriza como *indirectamente* mediada por la forma del valor, como socialmente necesaria pero no "socialmente determinada"<sup>25</sup>.

En otras palabras, no tiene importancia si el trabajo no-directamente asalariado de la reproducción es productivo. Entre cada momento de "la compra y venta de fuerza de trabajo", es decir, *la reproducción del circuito de la fuerza de trabajo* (M-D-M), hay una esfera de creación de valor de uso, de hacer (y mantener) la fuerza de trabajo. De la misma forma que D-M-D' se despliega en sus propios momentos: D-M... P(roducción)...M'-D', hay un despliegue análogo en la esfera no-directamente productiva de la reproducción de la fuerza de trabajo. Como lo expresa Fortunati en otros términos:

el trabajador no transforma el dinero con el que paga por el alimento en capital, solo lo transforma en comida. Él usa el dinero como un medio simple de circulación convirtiéndolo en un determinado valor de uso. Este dinero no funciona como capital para él, aunque en los primeros dos casos también compra el trabajo hecho como una mercancía, solo funciona como dinero, como un medio de circulación. Por otro lado, ninguna de estas personas —trabajadora doméstica, sirvienta o cuidadora— es una trabajadora productiva en relación con el trabajador, a pesar de que el trabajo hecho por cada una de ellas le proporciona un producto, comida cocinada.

proceso de la producción de mercancías<sup>20</sup>. Sin embargo, la reproducción no es un reflejo de la producción sobre sí misma (la tautología autosuficiente en el relato de Marx); en otras palabras, “la reproducción de la fuerza de trabajo no ocurre simplemente en un taller de producción”<sup>21</sup>. Por el contrario, el sitio donde se realiza la reproducción completa el circuito del intercambio simple de mercancías en la esfera del trabajo doméstico y el trabajo sexual.

Esto no es ajeno al marxismo; es, en cambio, una parte del circuito de reproducción que queda abierta. El mismo Marx distinguió entre dos *circuitos* inherentes a la relación salarial, pero dejó incompleto uno de los aspectos más importantes del circuito. Marx identifica el circuito esencial e históricamente específico con la acumulación de dinero, D-M-D<sup>22</sup>. Dentro de este circuito, ocurre la producción o explotación capitalista. (Este podríamos llamarlo el punto de vista del capital). Sin embargo, también existe otro circuito, en el que los trabajadores asalariados necesariamente participan para acceder a los medios de vida: M-D-M. Este circuito comienza con la fuerza de trabajo como una mercancía “M” que se intercambia por dinero “D” para *comprar* medios de subsistencia<sup>23</sup>. Luego el ciclo se repite, o eso parece...

Con el fin de recibir salarios monetarios para completar este circuito de reproducción (a través de la producción capitalista), el proletario y la proletaria deben establecer relaciones con el capitalista que compra sus fuerzas de trabajo (la primera M en M-D-M) para ponerlas a trabajar en la creación de valor y plusvalor (la D’ en D-M-D’). Hay muchas paradas a lo largo del camino en la producción y circulación del capital mercantil y la fuerza de trabajo. Lo que es quizás más importante decir aquí es que el circuito M-D-M asume que la mercancía “fuerza de trabajo” del asalariado se compra en el mercado lista para usarse con salarios monetarios. El problema que identificaron las integrantes de *Lotta Femminista* es que “*en ningún momento la fuerza de trabajo sale lista de una cadena de montaje*”<sup>24</sup>.

*de facto* sino *de jure* de muchas formas de propiedad, lo que las hacía dependientes de los hombres como mediadores de su relación con el capital. Por lo tanto, las mujeres no poseían las libertades jurídicas que los hombres proletarios ganaron para sí —y no para *sus* mujeres—. Las mujeres no eran verdaderas trabajadoras ‘libres’ en relación al mercado y al Estado, como sí lo era su contraparte masculina<sup>15</sup>.

## II. LA DESTRUCCIÓN DE LA CATEGORÍA ‘MUJER’

Aunque TC no explica el fundamento de la construcción de las mujeres en el capitalismo, ciertamente, tiene una provocativa teoría de cómo cambia su situación con el desenvolvimiento de las contradicciones del modo de producción. ‘El capitalismo tiene un problema con las mujeres’, pues, en el período actual, *la relación capital-trabajo no puede acomodar el crecimiento continuado de la fuerza de trabajo*. Como ya hemos señalado, el capital se enfrenta cada vez más con una vasta y creciente población excedentaria, estructuralmente excesiva en relación a sus demandas de trabajo. El surgimiento de esta población excedentaria ha coincidido con una transformación de la forma en que los Estados capitalistas, el movimiento de los trabajadores y también las feministas han concebido a las mujeres como la ‘fuerza productiva principal’. En un período anterior, las tasas de natalidad declinaron abruptamente en Europa y en las antiguas colonias europeas. La respuesta entonces fue ‘pro-natalidad’. La civilización supuestamente enfrentaba una inminente degeneración, pues las mujeres no eran capaces de completar su deber con la nación; tuvieron que ser alentadas para que lo retomaran. En la década de 1920, incluso las feministas se volvieron cada vez más pronatalidad, convirtiendo el maternalismo en una explicación de la dignidad ‘igual pero diferente’ de las mujeres en comparación con los hombres. En la década de 1970, sin embargo, —a medida que la población de los países pobres se disparaba mientras la economía capitalista entraba en una prolongada crisis— el maternalismo estaba, en gran medida, muerto. El mundo estaba sobrepoblado con respecto



a la demanda de trabajo. Las mujeres ya no eran necesarias en su rol de mujeres. La ‘dignidad especial’ de su rol subordinado ya no era para nada dignificante.

Sin embargo, esta es solo la mitad de la historia. La otra mitad puede encontrarse en la misma transición demográfica que TC no considera. Durante el curso de su desarrollo temprano, el capitalismo aumentó el consumo de los trabajadores y mejoró así su salud, lo que redujo la mortalidad infantil. La decreciente mortalidad infantil, a su vez, redujo el número de niños que cada mujer tenía que tener para reproducir la especie. Al comienzo esta transformación apareció como un aumento en el número de niños sobrevivientes por mujer y como un rápido crecimiento de la población. Así, la expansión de las relaciones sociales capitalistas se asoció en todas partes con un *aumento* en la carga reproductiva de las mujeres. Sin embargo, con el paso del tiempo, y ahora en casi cualquier región del mundo, ha habido una posterior reducción tanto del número de niños que cada mujer tiene como del número de niños que sobreviven la infancia y la niñez temprana. Simultáneamente, a medida que los hombres y las mujeres viven más, las mujeres dedican menos tiempo de su vida a tener o cuidar niños pequeños. *La importancia de estos hechos no puede ser sobreestimada*. Explica por qué, en nuestro periodo, las hebillas de la camisa de fuerza de la matriz heterosexual se han soltado ligeramente tanto para los hombres como para las mujeres (e incluso, en una proporción pequeña, para aquellos que no encajan ni en las categorías de la distinción de género ni en esas de la diferencia sexual)<sup>16</sup>.

Como con todo lo demás en el capitalismo, la “libertad” que las mujeres han ganado (o están ganando) de su destino reproductivo no ha sido reemplazada con tiempo libre, sino que con otras formas de trabajo. La supuesta entrada de las mujeres a la fuerza de trabajo se trató, en realidad, de un aumento del tiempo y la duración de la ya existente participación de las mujeres en el trabajo asalariado. Sin embargo ahora, dado que las mujeres en todas partes están dedicando menos tiempo a

una trabajadora *indirectamente* asalariada<sup>14</sup>. Aquí es donde no solo una categoría específica de trabajo se clasifica como indirecta, sino que también el sitio del sujeto histórico al que se le asigna estructuralmente este trabajo: “dentro del proceso de trabajo doméstico se consume otra, diferente, fuerza de trabajo: la de la trabajadora doméstica”<sup>15</sup>.

Estos nuevos conceptos de trabajo indirectamente asalariado y la trabajadora doméstica abren la *esfera* del trabajo doméstico y la prostitución como una esfera capitalista dentro del circuito de la reproducción<sup>16</sup>. En esta esfera se da “la coexistencia de dos formas de fuerza de trabajo”, productiva y reproductiva, cuyos portadores se involucran principalmente en dos tipos diferentes de relaciones de trabajo, formal e informal (o más a menudo el matrimonio), además del intercambio directamente asalariado: “el individuo como capacidad de producción enfrenta al capital”, mientras que “en el segundo caso, el individuo como capacidad de reproducción no se enfrenta con el capital, sino que con él/ella mismo/a como fuerza de trabajo [productiva]”<sup>17</sup>. La dualidad de las fuerzas de trabajo determinadas por el género, que corresponde a trabajadores determinados por el género —el proveedor y el ama de casa<sup>18</sup>— se pone a trabajar; los valores de uso de sus respectivas fuerzas de trabajo se realizan en un tiempo y espacio diferentes: una en el lugar de trabajo capitalista y la otra en el lugar de trabajo del hogar. Mientras una fuerza de trabajo pasa la “jornada laboral” siendo consumida productivamente por el capital, *en el proceso de la reproducción del valor de cambio del salario*, la otra pasa “sus” horas de tiempo libre lejos de esta forma de reproducción mientras “ella” *reproduce el valor de uso de “su”\*\*\* fuerza de trabajo*. Fortunati explica que: “en la producción, se produce el valor de cambio de la fuerza de trabajo como capacidad de producción y se consume su valor de uso; en la reproducción, se produce el valor de uso de la fuerza de trabajo y se consume su valor de cambio”<sup>19</sup>.

Sin embargo, para Fortunati, esta esfera no es simplemente el *opuesto* de la esfera productiva, sino que más bien conceptualmente “se presenta como una fotografía impresa al revés, como una imagen especular del

esta última *directamente* productiva y mediada a través de relaciones de producción específicas de la sociedad capitalista. Sin embargo, como ella escribe, “estos son servicios sociales en la medida en que sirven a la reproducción de la fuerza de trabajo. Y el capital, precisamente al instituir la estructura familiar, ha ‘liberado’ al hombre de estas funciones para que esté completamente ‘libre’ para la explotación *directa*; para que sea libre de ‘trabajar’ lo suficiente como para que una mujer lo reproduzca como fuerza de trabajo”<sup>11</sup>.

Aunque Dalla Costa indica que el trabajo asalariado es mediado directamente por relaciones de clase que dependen de una esfera de “no-trabajo” en la que las mujeres reproducen la fuerza de trabajo masculina, e indica que esto se hace a través de la *forma capitalista* de la familia, no queda claro si este trabajo femenino de reproducción es de naturaleza capitalista, es decir, un desempeño de trabajo vivo en la creación del valor de uso de una *mercancía*, o si es simplemente un remanente de las formaciones familiares tradicionales encontradas en modos de producción más antiguos.

Además, aunque abordando aquello que no es directamente mediado por el mercado, relega el trabajo reproductivo a una esfera fuera del mercado capitalista. Ella sostiene con firmeza: “*en lo que concierne a las mujeres, su trabajo aparece como un servicio personal fuera del capital*”<sup>12</sup>. La ambigüedad con respecto al carácter capitalista de “el afuera” deja abierta la cuestión de los modos de producción dual, uno capitalista y otro doméstico. Aunque Dalla Costa afirma a lo largo del texto que el trabajo doméstico y la familia son absolutamente capitalistas en su forma social, la teoría requerida para demostrar precisamente *cómo* son capitalistas se le dejó a Fortunati.

Fortunati toma esta distinción inicial y desarrolla teóricamente “el afuera”. Nombra la forma de trabajo realizado en este espacio liminal “trabajo de reproducción no-directamente asalariado”<sup>13</sup>. El destino del ama de casa no es el del “siervo feudal”: en el capitalismo, ella es “primero que todo

tener y criar niños, ha habido una reducción en la forma de la ‘curva en M’ de su participación en los mercados de trabajo. La situación de las mujeres está dividida cada vez más entre, por un lado, la decreciente, pero todavía pesada carga de la maternidad y el trabajo doméstico; y, por otro lado, el rol cada vez más importante del trabajo asalariado en sus vidas, *dentro del cual se mantienen, sin embargo, en desventaja*. Como todas las mujeres saben, esta situación se expresa como una decisión forzada entre la promesa de una vida de trabajo supuestamente igual a la de los hombres y la presión, así como el deseo, de tener hijos. El que algunas mujeres elijan no tener hijos —y que por lo tanto resuelvan por sí mismas este dilema, aunque de forma inadecuada— es la única explicación posible de la caída de la tasa de natalidad por debajo de lo que predice la teoría de la transición demográfica. En la actualidad, el índice de fecundidad alcanza la baja cifra de 1.2 niños por mujer en Italia y Japón y en casi todas partes de Occidente es menos de 2. En todo el mundo la fecundidad ha caído de 6 niños por mujer en 1950 a alrededor de 2.5 actualmente.

En esta situación, se vuelve cada vez más claro que las mujeres tienen un problema con los mercados, *puesto que los mercados son incompatibles con las mujeres*. Esta incompatibilidad se reduce a dos hechos acerca del modo de producción capitalista. Primero, el capital no puede, si quiere permanecer como capital, asumir la responsabilidad directa de la reproducción de la clase trabajadora. Es el hecho de que los trabajadores son responsables de su propio mantenimiento lo que los fuerza a volver, una y otra vez, al mercado de trabajo. Al mismo tiempo, los mercados de trabajo, si quieren permanecer como tales, deben ser ‘sexualmente neutrales’<sup>17</sup>. Los mercados deben evaluar la competencia entre los trabajadores sin tener en cuenta ninguna de las características no-mercantiles de los propios trabajadores. Estas características no-mercantiles incluyen el hecho de que *la mitad de toda la humanidad es asignada el sexo femenino*. Para algunos empleadores, la diferencia sexual no aparece más que como un costo adicional. Las mujeres trabajadoras son capaces de concebir niños y por lo tanto no

se puede confiar en que no vayan a hacerlo. Para otros empleadores, la diferencia sexual aparece como un beneficio *exactamente por la misma razón*: las mujeres proporcionan mano de obra flexible y barata. Así, las relaciones capitalistas relegan a las mujeres —precisamente porque los mercados son sexualmente neutrales— a trabajo asalariado de mujeres.

Esta incompatibilidad de las mujeres y los mercados ha invadido el movimiento de las mujeres. A lo largo de la historia, el feminismo aceptó la dimensión de género de la vida social, puesto que fue solo a través del género que las mujeres podían afirmar su identidad como mujeres con el objetivo de organizarse sobre esa base. Esta afirmación se convirtió históricamente en un problema para el movimiento, *pues es imposible reconciliar totalmente el género —la propia existencia de las mujeres y los hombres— con la existencia simultánea de la clase trabajadora y el capital*<sup>18</sup>. En consecuencia, el movimiento de las mujeres ha oscilado entre dos posiciones<sup>19</sup>. Por un lado, las mujeres lucharon por la equidad sobre la base de su igualdad fundamental con respecto a los hombres. Pero, cualquiera sea la similitud de sus aptitudes, las mujeres y los hombres no son y nunca serán lo mismo *para el capital*. Por otro lado, las mujeres han luchado por la equidad sobre la base de su ‘diferencia, pero igual dignidad’ con respecto a los hombres. Pero esa diferencia, aquí explicitada como maternidad, es precisamente lo que explica el rol subordinado de las mujeres.

El movimiento de los trabajadores prometió reconciliar a las mujeres y a los trabajadores más allá, o al menos a espaldas, del mercado. Después de todo, los textos fundadores de la socialdemocracia alemana, además de *El Capital* de Marx, fueron *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels y *Mujer y Socialismo* de Bebel. A través de la lucha, el movimiento de los trabajadores prometió sacar a las mujeres del hogar para hacerlas entrar a la fuerza de trabajo, donde finalmente se volverían pares verdaderos de los hombres. Para lograr esta igualdad verdadera, el movimiento de los trabajadores socializaría el trabajo reproductivo de las mujeres ‘después de la revolución’. Tanto el trabajo

tran en el corazón de las interpretaciones feministas marxistas. Lo que el texto de Fortunati demuestra hábilmente es que debemos intentar utilizar las categorías de Marx no solo para resolver los problemas que nos dio, sino para comprender que *nuevas categorías* pueden y deben ser propuestas donde faltan en *El capital*, y hacerlo sin socavar todo el sistema que configuró. En resumen, marxologizar de manera no dogmática.

Los términos categoriales\*\* que Fortunati indica pueden desarrollarse sin recurrir a la discusión de la “productividad” de la reproducción. La conclusión de que la reproducción de la fuerza de trabajo produce valor puede entenderse como una discusión política, necesaria en su momento histórico y dentro de la herencia del obrerismo italiano.

#### **EL TRABAJO DOMÉSTICO Y EL AMA DE CASA**

*L'arcano della riproduzione* lleva a cabo dos importantes tareas al definir los fundamentos teóricos del movimiento de Salario para el Trabajo Doméstico. El texto delinea el carácter de género del trabajo reproductivo, el trabajo doméstico y el trabajo sexual, así como la categoría estructural, o el sujeto determinado por el género, que realiza este tipo particular de trabajo socialmente necesario específico del modo de producción capitalista. El carácter de este “trabajo” es, en su terminología, “trabajo no-directamente reproductivo”, y el sujeto asignado a esta categoría de trabajo, “el ama de casa”, nombra una categoría nueva de fuerza de trabajo *reproductiva*. Aunque estos aspectos de la totalidad capitalista son teorizados de forma insuficiente por los marxistas, son absolutamente fundamentales para entender la *reproductibilidad* de un sistema basado en la acumulación de valor y en la explotación del trabajo asalariado.

Mariarosa Dalla Costa fue en realidad la primera en describir esta problemática en *El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad*. Aquí hace la distinción inicial entre trabajo doméstico y producción, siendo



valor de uso consiste en su posterior ejercicio de este poder... El consumo de la fuerza de trabajo se completa, como en el caso de cualquier otra mercancía, fuera del mercado o la esfera de circulación... en la morada oculta de la producción<sup>9</sup>.

De este pasaje se desprende que el consumo del valor de uso de la fuerza de trabajo, es decir, el consumo de su capacidad para transformar el valor del trabajo muerto, a través del trabajo vivo, en una cantidad mayor de valor, tiene lugar en el proceso de producción. Además, aquí también es donde el valor de “sus” medios de subsistencia se reproduce y materializa en los valores de uso que se compran con el salario y que entran en el proceso de “su mantenimiento”<sup>10\*</sup>. Sin embargo, en ninguna parte de la descripción del proceso encontramos la esfera del “mantenimiento” de la fuerza de trabajo, donde ocurre la transformación del trabajo muerto en capacidad de trabajo vivo. Si el trabajo vivo se gasta en el proceso de producción, y este también es el *proceso de su consumo*, entonces lógicamente *ya debe existir* como un valor de uso *antes* del proceso de producción. Como explica Fortunati:

Marx... no se da cuenta de que el consumo individual del trabajador no es un consumo directo del salario, que el salario no tiene un valor de uso inmediato para él y que el consumo del valor de uso del salario presupone que algún otro trabajo ha ocurrido, ya sea trabajo doméstico o prostitución. Solo el trabajo puede transformar el salario en los valores de uso requeridos en la reproducción del trabajador; pero incluso entonces los valores de uso no son directa o indirectamente consumibles por él. Más trabajo es necesario para transformar estos valores de uso en valores de uso que sean efectivamente utilizables, es decir, listos para ser consumidos.

¿A través de qué proceso se “mantiene” el valor de uso de la fuerza de trabajo? ¿Cómo se convierte un conjunto de mercancías, de trabajo objetivado, en el valor de uso de la fuerza de trabajo? En definitiva, ¿dónde está “la morada oculta” de la reproducción? Estas preguntas, abordadas con experticia en el *Larcano della riproduzione*, se encuen-

del hogar como la crianza serían llevados a cabo colectivamente por los hombres y las mujeres juntos. Como se hizo evidente para los elementos más extremos del movimiento Feminista Radical de la década de los 70, estas medidas nunca serían suficientes para asegurar verdaderamente la ‘igualdad real’ entre los trabajadores hombres y mujeres. La única posibilidad de lograr la igualdad de los trabajadores, en el límite que intersecta el género y el trabajo, sería *si los bebés nacieran en probetas eliminando así cualquier relación con las mujeres*<sup>20</sup>.

De hecho, el movimiento de los trabajadores traicionó a sus mujeres tan pronto tuvo la oportunidad. Cada vez que se acercaron al poder, los trabajadores estuvieron totalmente dispuestos a demostrar sus capacidades para manejar la economía exhibiendo que ellos también sabían cómo mantener a las mujeres en su lugar. En el Partido Comunista inglés, la liberación de los maridos del trabajo doméstico fue la tarea principal del “trabajo de partido” de las mujeres<sup>21</sup>. ¿Cómo podría haber sido de otro modo? Dentro de un mundo definido por el trabajo —o, más precisamente, por el trabajo productivo (una categoría del capitalismo)— las mujeres siempre serían menos que los hombres. El intento de “elevar” a las mujeres a pares de los hombres fue siempre una cuestión de *ajustar un movimiento de trabajadores “universalmente” relevante a las necesidades “particulares” de sus mujeres*. El intento de hacerlo dentro de los límites del capitalismo significó una socialización mínima de la crianza, así como también la institución de un conjunto mínimo de leyes que protegen a las mujeres de sus desventajas en los mercados (es decir, licencia de maternidad, etc.). El movimiento de los trabajadores podría haber llegado más lejos en este camino. Podría haber hecho de las mujeres una prioridad más de lo que lo hizo. Pero el hecho es que no lo hizo. Y ahora está acabado.

La muerte del movimiento de los trabajadores ya ha sido considerada en otros textos<sup>22</sup>. Su muerte marca también el paso de una forma histórica de revolución a otra. Hoy, la presencia de las mujeres dentro de la lucha de clases solo puede funcionar como una fisura (*l'ecart*),

una desviación en el conflicto de clase que desestabiliza sus términos. Esa lucha no puede ser *su* lucha, incluso si, en cualquier caso, ellas conforman la mayoría de los participantes. Mientras los proletarios sigan actuando como una clase, las mujeres entre ellos no pueden sino perder. En el transcurso de la lucha, por lo tanto, las mujeres entrarán en conflicto con los hombres. Se les criticará que están descarrilando el movimiento, distrayéndolo de sus objetivos principales. Pero el 'objetivo' de la lucha yace en otro sitio. Es solo desde dentro de este (y otros) conflictos que el proletariado verá su pertenencia de clase como una opresión externa, un callejón sin salida que tendrá que superar para estar más allá de su relación con el capital. Esa superación es solo la revolución como comunización que destruye el género y todas las otras divisiones entre nosotros.

marxistas, estemos reacios a reprochar al anciano, sino que más bien es una consecuencia del hecho de que el trabajo reproductivo —todavía realizado principalmente por las asignadas al destino “mujer”— es extremadamente difícil de comprender en los términos proporcionados por la crítica de la economía política. Por supuesto, el género está fundamentalmente definido por el capitalismo, y no debería concluirse que la crítica de Marx era “incorrecta”; sino que *dejó a las mujeres fuera de la historia*, y necesitamos encontrar dónde las está escondiendo.

Silvia Federici resume de mejor forma esta laguna dentro de la teoría de Marx: “No se establece diferencia alguna entre la producción de mercancías y la producción de la fuerza de trabajo. La misma cadena de montaje produce a ambos. Por consiguiente, el valor de la fuerza de trabajo se mide en función del valor de las mercancías (alimento, vestido, vivienda) que se debe suministrar al trabajador para «asegurar la subsistencia de su poseedor»”<sup>6</sup>. Federici concluye correctamente “los únicos elementos relevantes que reconoce en este proceso son los hombres, trabajadores que se autorreproducen, sus salarios y sus medios de subsistencia. La reproducción de los trabajadores se realiza por medio de la mercancía. Nada se dice acerca de las mujeres, el trabajo doméstico, el sexo y la procreación”<sup>7</sup>.

Lo que Marx nos deja en su capítulo titulado “Compra y venta de la fuerza de trabajo” es un “elemento histórico y moral”<sup>8</sup>. Aquí está el lugar estructural necesario sobre el cual realizar nuestra labor feminista: sobre la reproducción de esta mercancía peculiar que Marx inmediatamente incorpora, de manera tautológica, en el entorno de la fábrica:

Una consecuencia de la naturaleza peculiar de la fuerza de trabajo como mercancía es que, en realidad, no pasa directamente a las manos del comprador una vez concluido el contrato entre el vendedor y el comprador. Su valor, como el de cualquier otra mercancía, ya está determinado antes de que entre en circulación, pues una cantidad definida de trabajo social ya se ha gastado en la producción de la fuerza de trabajo. Pero su

ámbito marxista tradicional, asumiendo que el poder del proletariado es *realmente medible* en términos del tiempo de trabajo socialmente necesario. Si ponemos entre paréntesis por un momento el debate sobre la caracterización “productiva” o “improductiva” del trabajo doméstico, vislumbraremos la cuestión política que Fortunati señaló tan bien.

### **LA MORADA OCULTA**

Publicado por Autonomedia en 1995, catorce años después de su publicación en italiano, la única traducción disponible en inglés de *L'arcano della riproduzione* es difícil de aproximar. Pero lo que queda claro al leer la gama de revisiones paternalistas es que los críticos que han leído a medias el texto están evaluando el análisis de Fortunati con un único criterio: la exactitud con la que recapitula los puntos centrales de *El capital*. Sin embargo, este libro destaca precisamente donde diverge del tomo sagrado. Especialmente por esta razón, espero contribuir a hacer este texto comprensible dividiendo su sistema en sus partes componentes y realizando un breve ensamblaje.

A pesar de los progresivos avances realizados en el transcurso de la lucha feminista, la explotación basada en el género que Fortunati describió sigue siendo una realidad. Esto se debe a que el propio capitalismo vuelve a cercar las áreas que estos avances han generado, lo que significa, en términos más esotéricos, que la reproducción del capitalismo esconde diariamente el carácter social de la necesaria explotación basada en el género y esta permanecerá *estructuralmente* oculta a menos que su carácter social sea expuesto por la lucha. El retroceso de las ganancias sociales es precisamente lo que la reestructuración en condiciones de crisis vuelve inevitable sin una resistencia sostenida desde abajo.

Además, incluso para sus críticos más bienintencionados y prácticos, la relación actual entre el género y las relaciones sociales capitalistas sigue siendo un enigma. Esto no se debe simplemente a que, como

### **EL CIRCUITO BASADO EN EL GÉNERO: LEER EL ARCANO DE LA REPRODUCCIÓN**

Queda por aclararse que al afirmar que el trabajo que realizamos en el hogar es producción capitalista no estamos expresando un deseo de ser legitimadas como parte de las “fuerzas productivas”; en otras palabras, no es un recurso al moralismo. Solo desde el punto de vista capitalista ser productivo es una virtud moral, incluso un imperativo moral. Desde el punto de vista de la clase trabajadora ser productivo, simplemente significa ser explotado... En definitiva, cuando afirmamos que producimos capital, decimos que podemos y queremos destruirlo, en lugar de participar en una batalla perdida para pasar de una forma y grado de explotación a otro.

—*Contraatacando desde la cocina*, SILVIA FEDERICI

Entre las contribuciones marxistas más importantes a una teoría de la explotación basada en el género, y también una de las más ampliamente incomprendidas, se encuentra un breve texto titulado *L'arcano della riproduzione: Casalinghe, prostitute, operai e capitale* [El arcano de la reproducción: trabajo doméstico, prostitución, trabajo y capital]. Escrito en 1981 por Leopoldina Fortunati, esta rigurosa descripción del trabajo reproductivo bajo el capitalismo ha sido durante mucho tiempo subestimada dentro de la tradición marxista más amplia. El siguiente artículo intenta darle su debida revaluación, argumentando a favor de su continua relevancia no solo como una crítica necesaria de un proyecto inacabado empezado por Marx en sus escritos maduros, sino que también dentro del contexto de la crisis actual y las luchas globales contra la austeridad.

Para poder apreciar la intervención hecha por Fortunati —que comenzó hace más de un cuarto de siglo junto con las otras miembros fundadoras del grupo *Lotta Feminista*, incluida Mariarosa Dalla Costa— primero debemos arrojar por la borda parte de nuestro bagaje marxista. Podríamos

llamar a este hábito del pensamiento “el arcano del trabajo productivo”: privilegiar la producción de valor como lo que define la explotación de clase. Esta priorización usualmente lleva a la conclusión de que la fase de la producción es el lugar central de la subjetivación proletaria, así como también el escenario principal de la lucha revolucionaria y el punto de partida de un proyecto comunista positivo. El actual reflejo marxista del productivismo ha descartado efectivamente las ideas de Fortunati junto con la mayor parte de las teorías feministas del trabajo reproductivo. La acusación es que, al pasar a teorizar la actividad reproductiva como trabajo productivo en términos de Marx, estas teóricas feministas han elaborado una crítica moralizante, en lugar de una crítica sobria, de los discursos masculinos bajo el capitalismo. Por supuesto, esa crítica sobria necesariamente nos dejaría solo con “lo que Marx dijo”. En cualquier caso, esta reacción ha enmarcado la discusión de la reproducción desde la publicación de *L'arcano della riproduzione*: medir su utilidad como una teoría del valor en lugar de entender que revela lo que una teoría del valor no puede mostrar inmediatamente<sup>1</sup>.

Esta recepción tuvo la consecuencia de *renaturalizar* lo que la crítica de Fortunati intentaba *desnaturalizar*: el trabajo reproductivo y la explotación basada en el género en el capitalismo. Es cierto que si las categorías de Marx se extienden para incorporar el trabajo reproductivo, esto puede llevar a mayor confusión. En resumen, si el debate gira entorno a si el trabajo reproductivo *produce valor*, todavía estamos olvidando lo central. La cuestión es el punto de vista político, y no moral, del proletariado: aquel que surge del salario y de la relación de clase de explotación. No olvidemos que “lo personal es político”, es decir, en el contexto del feminismo marxista, la relación salarial —no biológicamente, sino que estructuralmente— también debe incluir esa mitad de la clase trabajadora relegada a la morada oculta de la reproducción de la fuerza de trabajo.

Esta reproducción, y por lo tanto esta esfera de actividad, es una categoría marxista tan relevante e históricamente específica como la misma

fuerza de trabajo, independiente de su contenido como sustancia social. Sin embargo, el hecho de que esta actividad sea *feminizada*, y realizada por mujeres fuera de la esfera directamente mediada por el mercado de la acumulación de capital, le da un valor moral a los ojos de los críticos marxistas. Desnaturalizar, es decir volver política y social, la categoría de la reproducción a través de la mediación del salario fue el objetivo del movimiento de Salario para el Trabajo Doméstico. Ya sea solo en la forma de una demanda, o mediante el reconocimiento ganado a través de la institución de esa (quizás imposible) demanda, su función fue deshacerse de las connotaciones emocionales de la explotación basada en el género, y combatir así la devaluación estructural del trabajo reproductivo en las relaciones sociales capitalistas.

Como Silvia Federici tuvo que aclarar en su defensa “Salarios contra el trabajo doméstico”, el objetivo del movimiento de Salario para el Trabajo Doméstico no era ganar salarios: “enfocar el salario doméstico como una cosa en lugar de hacerlo como una perspectiva supone desligar el resultado final de las luchas de la lucha misma”<sup>2</sup>. Además, Federici escribe, esta demanda es “la demanda por la que termina nuestra naturaleza y comienza nuestra lucha porque el simple hecho de reclamar un salario para el trabajo doméstico significa rechazar este trabajo como expresión de nuestra naturaleza”<sup>3</sup>. En el contexto del movimiento feminista y la campaña de Salario para el Trabajo Doméstico, el logro de Fortunati no fue “probar” que el trabajo doméstico produce valor. El análisis que Fortunati presenta basado en la teoría del valor fluye directamente de las implicaciones revolucionarias de la demanda de Salario para el Trabajo Doméstico. Las teóricas de este movimiento entendían que la lucha nunca podría “ganarse” “sin revolucionar al mismo tiempo —durante el proceso de lucha para su consecución [del salario]— todas nuestras relaciones sociales y familiares”<sup>4</sup>.

Las integrantes de *Lotta Femminista* también estaban haciendo un llamamiento a sus camaradas varones, como revela Federici en su defensa<sup>5</sup>. En consecuencia, la demanda de un salario se hizo dentro del